

Sección I

El malestar de la sociedad multicultural

Las pseudoculturas

Victoria Rodríguez Borja; Myriam Gil Guil
Dirección: M^a Consolación Calderón España

Pues, ¿qué soy yo sin los demás?

La vida se sirve con los demás.
Vivir con los demás significa fuego
tengo que compartirlo todo con ellos.
No puede pasarles nada
por culpa mía.
Tengo que aceptarlos,
acogerlos
y quererlos.

Sin los demás,
la vida, el amor y la felicidad
son utopía.
Estamos enlazados unos con otros
mediante infinidad de hilos.
Una vida depende de otra vida
y ninguna se desarrolla
sin los demás.

Sólo puedo desarrollarme
con ayuda de los demás.
No sólo los necesito
porque significan tanto para mí.
Los necesito también
porque puedo hacer mucho por ellos.

Tengo ojos para descubrir a los demás,
oídos para escucharlos,
pies para acercarme a ellos,
manos para tendérselas
y un corazón para amarles.

(Phil Bosmans) 1984

Las pseudoculturas

Nunca hasta ahora se había hablado tanto de solidaridad, tolerancia, cooperación, pluralismo, multicultural, competencia, competitividad... Cuando llegamos al final del siglo XX es necesario hacer una evaluación de lo transcurrido hasta ahora. Pero nuestro objetivo no es éste, nosotros intentamos determinar en qué punto de partida nos encontramos y hacia dónde vamos en las puertas del siglo XXI.

Observamos que los términos mencionados anteriormente hoy día han sido vaciados de sentido y contenido, quizás porque el ser humano, animal de costumbres, ha perdido la capacidad de análisis y no nos hemos interrogado, ni hemos profundizado en tales términos, sino que nos hemos dejado llevar por la inercia de la opinión.

Esta observación, obviamente, se manifiesta en la cultura; pero no es esta una cultura entendida sólo como una mera adquisición de conocimientos, sino como determinante, junto con otros factores, del conjunto de actuaciones que llevan a cabo las distintas personas que integran la sociedad, teniendo como punto de referencia principios y verdades inamovibles que contribuyen a la perfección de la persona y de la humanidad.

La inexistencia o el olvido de tales principios ha contribuido a que surjan, dentro de la propia cultura, unas pseudoculturas que hacen que exista un perfil determinado de las vidas de las personas, bien influyendo en su conducta o en su forma de pensar. Nos encontramos, por lo tanto, con una multiplicidad de formas de comprender la existencia humana.

En la actualidad confluyen en un marco o contexto geográfico diversidad de culturas a las que hemos dado el nombre de pseudoculturas: cultura light, cultura de la muerte, cultura hedonista, cultura relativista-existencialista y cultura de la doble moral. Quereamos recalcar que tales pseudoculturas son transitorias, puesto que no están fundamentadas en aquellos principios esenciales que distinguen al ser humano de otros seres.

En la actualidad existe un desequilibrio entre las ciencias y la técnica con respecto a la dignidad humana; mientras que la ciencia progresa, a un ritmo asombroso, la dignidad humana no ha evolucionado paralelamente, se ha producido un retroceso que ha llegado hasta tal punto de que muchos aspectos de la vida, el hombre ha sido y es considerado y tratado como un objeto. Con la aparición de las pseudoculturas el término «competencia», su significado ha tomado otros atributos dejando así de tener su sentido originario.

La competencia actual se refleja en una conducta de rivalidades enfrentadas y de manera violenta en algunos casos.

En el fondo de todo esto lo que existe es un egoísmo estructural, ya que la razón de la sociedad: políticos gobernantes, economistas, educadores y demás instituciones, su finalidad primordial tiene que ser servir al hombre y cómo servirlo; pero es evidente que ha habido una transmutación de funciones, es decir, que gobernantes, políticos, e instituciones... se sirven del hombre para satisfacer sus propios intereses sin importarle a quién o quienes sirven, sino qué beneficios les reporta.

Para ilustrar esta idea, tenemos algunos ejemplos tan claros como: la T.V. únicamente está preocupada por el número de audiencia, a los políticos y los gobiernos sólo les importa el número de votos. Es evidente que el medio por el cual se consiguen unos resultados no es importante, lo que importa es el fin; y así podemos hacer una lista interminable. Pero a pesar de tal situación nadie reclama, o muy pocos, para sí la grandeza de su humanidad.

Las pseudoculturas pueden ser clasificadas y definidas como:

Cultura light

Creada en su totalidad por la influencia de los medios de comunicación.

En sus inicios comenzó en el ámbito de la alimentación, todos queremos tener cuerpos «danone», y tal ha sido su poder que ha conseguido «aguar» los aspectos más fundamentales de la vida.

Consideramos que se trata de una cultura amorfa, sin sentido, inmediata. Todo lo que es cultura instruye, pero no todo lo que instruye cultiva. Para que algo cultive y permanezca es necesario que exista una asimilación de ideas y contenidos que prosperen en unas situaciones concretas. Pero esta asimilación no se produce en la cultura light; en ella se produce un efecto por el cual captamos las ideas momentáneas, sin ninguna tras-

condencia, y del mismo modo las expulsamos. No dejan huella en nosotros, son simples informaciones sin sentido ni consecuencias a largo plazo.

Cultura de la muerte

Esta pseudocultura viene establecida por los procesos legales. El aborto y la eutanasia han conseguido integrarse en la sociedad, (no en toda la sociedad, afortunadamente) y es aceptada mayoritariamente por la ciudadanía. Tal permisividad legal ha dado lugar a que la sociedad acepte la cultura de la muerte, en algunos países no es delito. A esto nosotros le llamamos crimen. Hoy día, parece ser que todo aquello que legalmente no sea delito se convierta en bueno.

No se cuestiona el bien o el mal. Y, aunque sea muy duro reconocerlo, si una persona es útil merece la pena que viva, si no lo es «molesta». Esto no lo decimos abiertamente, pero de forma solapada hay aceptación del crimen que por ósmosis se va enquistando de forma natural en el hombre y en la sociedad, siendo el hombre juez y parte de la existencia de sí mismo y de los demás.

Cultura hedonista

Se fundamenta en el hedonismo, doctrina ética que considera el placer como único y supremo bien. Se caracteriza por un placer sensible desmedido e inmediato. Siendo el placer un fin en sí mismo, alejándose de todo lo que produce malestar y dolor. Esto se refleja en la sociedad del bienestar. Con ello se consigue alimentar el egoísmo, con el único objetivo de fomentar el individualismo y no ver en los demás un punto de apoyo sino un rival con el que competir.

En la cultura hedonista es imposible hablar de cooperación mientras que se siga pensando que el individuo es en sí mismo autosuficiente para realizarse y vea en los demás cortapisas; se resume todo en la autorecreación de sí mismo.

Cultura del existencialismo generalizado

Afirmamos que actualmente hay un relativismo generalizado, en el que no se dan juicios de valor, se juzga sólo la existencia. Como ejemplo ilustrativo podemos decir la típica frase «así es la vida», lo que significa que enjuiciamos la existencia, pero sin embargo no hacemos juicios de valor de lo «qué debe ser y lo que no debe ser».

Con este relativismo hemos perdido el punto de referencia de unos principios básicos que nos dan las pautas de convivencia y de nuestro deber de ser. Y ello ha dado lugar no a la tolerancia, sino al indiferentismo.

Consideramos que la tolerancia no significa la aceptación absoluta de opiniones, ideas, creencias, formas de vida,... sino que significa que se permite en muchas ocasiones por respeto a la persona e instituciones. En aras de enjuiciar la existencia hemos anulado los juicios de valor que son los que dan consistencia a nuestra existencia.

Cultura de la doble moral

El establecimiento de esta pseudocultura es una situación que afecta a la falta de coherencia en un proyecto de vida que define a la persona. La integridad del individuo está resquebrajada, creándose parcelaciones que dan lugar a contradicciones internas.

Esta cultura consiste en un doble juego, se refleja en la vida diaria de algunas personas, teniendo consecuencias nefastas, ya que hay una dicotomía entre lo que se piensa y lo que se hace y todo ello en función de las circunstancias y del momento, de lo conveniente e incluso en función de agradar a todos.

Como consecuencia de esta quiebra moral, la vida deja de ser un proyecto armónico para convertirse en un cauce permanente de conflicto y tensión.

Hasta aquí llega nuestra clasificación de pseudoculturas. De todo lo que llevamos dicho se puede deducir que no existirían tantas pseudoculturas, ni tantas tensiones, ni competencia mal entendida, ni rivalidades, si cada uno acatará la ley natural fundamentada en principios inamovibles que pertenecen a la propia naturaleza humana, y así la convivencia humana sería más grata.

Ahora bien, ¿Cuáles son los agentes transmisores de estos principios y valores?, ¿Por medio de qué institución/es?, ¿Cómo podemos operativizarlos y hacerlos realidad?

Las respuesta sería a través de la familia, la escuela, los organismos gubernamentales y no gubernamentales, los medios de comunicación,... es decir, a todos los niveles.

Es necesario plantear posibles cauces que permitan una formación integral humana y colectiva a fin de lograr el desarrollo en común y del progreso humano, dando lugar a un conocimiento más profundo del hombre que permita la cooperación y trabajar unidos hacia un mundo mejor.

Nosotros abogamos por una pedagogía preocupada por estas cuestiones que incide en:

- El ego-socio-etnocentrismo que convive en cada individuo y su capacidad de conocer.
- Apertura individual y colectiva a la cooperación hacia un bien común.
- Trabajar el conocimiento y la comprensión en relación al otro en tanto que individuo o núcleo colectivo.
- Fomentar que se establezca y acepte el derecho a ser diferente y apostar por una diversidad cultural.
- La pedagogía de las culturas debe ser una pedagogía del consenso, de la aceptación del otro sin renunciar a la propia cultura.

Así, la diversidad cultural ha de dar lugar a la interculturalidad. La convivencia entre los pueblos es posible, no es ninguna utopía.

Los agentes educativos deben establecer una estrecha relación entre la cultura y la educación y potenciar un modelo igualitario y que se valore la diversidad cultural como enriquecimiento de las personas que coexisten en el espacio y en el tiempo.

Llegamos a esta conclusión tras ver que nunca hasta ahora hemos estado tan unidos en relación, por ejemplo: la caída del Muro de Berlín, la supresión de las aduanas, la moneda única Europea, el Euro. Se habla también de una Constitución Europea,... y sin embargo nunca hasta ahora hemos estado tan lejos una cultura de otra.

Tenemos ejemplos vivos, actuales: la guerra de Bosnia, donde antes convivían ambas culturas, quizás las relaciones no eran las más idóneas, pero se respetaban. Otros ejemplos lo tenemos en Zaire, América Central, etc. Como cuestión final queremos recalcar la idea de que la diversidad cultural no está reñida con la diversidad propia de cada individuo y su colectividad.

Es necesaria la cooperación para crear un clima óptimo en el que sea posible el respeto mutuo, aunque no se piense de la misma manera. Consideramos éste un principio fundamental.

Desde la enseñanza los profesores, educadores y orientadores debemos estar concienciados y motivados para que, interiorizando estos valores, ideales y principios, poda-

mos transmitirlos y que de esta forma el proceso educativo se realice en su totalidad enriqueciendo tanto a docentes como a discentes.

Una vez concienciados tanto docentes como discentes irremediablemente influirá en la sociedad creando una conciencia crítica respecto a una realidad multicultural que evite confundir el respeto y la tolerancia con el conformismo y la permisividad, posibilitando adecuar la práctica escolar con los valores fundamentales establecidos en la dignidad humana.

Bibliografía:

- Jiménez Núñez, A. (1979): *Antropología cultural. Una aproximación a la ciencia de la Educación*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- X congreso nacional de pedagogía (1992): *Educación Internacional en la perspectiva de la Europa Unida*. Salamanca: Anaya. (tomos I y II).
- Raga, J. T. (1996): «La doble moralidad camino de incongruencia». *Palabra*. IV/1996.
- Rojas, E. (1989): *Una teoría de la felicidad*. Madrid: Ed. Dossat, S.A.
- Carr, E.H. (1983): *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ed. Ariel, S.A.
- Anónimo: *¿Qué será la cultura del siglo XXI?*